

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## POLÍTICA

### Un triunfo de la democracia

“La comprensión de nuestra época sólo es posible si nos liberamos de la ilusión de la necesidad”, escribía François Furet en su luminoso ensayo sobre el totalitarismo soviético *El pasado de una ilusión*, una sentencia que topa con los nacionalismos racistas y excluyentes que parten precisamente de la identidad nacional como condición primera e incontrovertible, necesaria, de las reivindicaciones y actitudes que adoptan. Digo esto en relación a la demanda de ilegalización de Herri Batasuna (HB o EH, pero siempre el mismo significado) por parte del gobierno español, aprobada mayoritariamente en el Congreso, porque de esa ilusión de la necesidad se derivan todos los actos de intolerancia y criminalidad llevados a cabo por ETA y apoyados por su brazo político. También son cultivadores de

esta ilusión de lo necesario muchas de las tomas de posiciones del Partido Nacionalista Vasco que, sin ser lo mismo que la banda terrorista o sus secuacesseudopolíticos, comparte (son palabras reiteradas públicamente por su presidente, Javier Arzalluz) sus horizontes y sus raíces.

La ilusión del nacionalismo vasco más intransigente ha consistido en creer (e inventar, como muy bien ha demostrado Jon Juaristi, entre otros) que hay algo más fundamental y radical que la condición de ciudadanos amparados por y defensores de una constitución que garantiza las libertades y derechos de los individuos, y que en nombre de esa condición necesaria toda lucha, política o por otros medios, será poca para conseguir el encuentro con una supuesta identidad, previa a la acción secular. No le cabe la menor duda al nacionalista de que lo que impide al pueblo coincidir con su identidad es lo Otro, sea España o Francia. En el caso vasco, especialmente en el periodo democrático,

la ilusión de la identidad pasa, no sólo para ETA y Batasuna sino también para el PNV, por la independencia del País Vasco, otra ficción territorial que suele incluir a Navarra y al País Vasco francés. Como todo el mundo sabe, dicho país nunca ha existido como tal. No deja de ser curioso que en el momento más próspero y con mayor libertad de la historia de dichos pueblos vascos, en el que disfrutaban de la más extensa autonomía existente en Europa, la Constitución y los españoles no nacionalistas, o no lo suficiente, sean demonizados y convertidos en posibles víctimas de la acción de ETA. Pero, además, el ciudadano no nacionalista, o no lo bastante, ha visto privada su libertad de opinión, de manifestación, y reducidos muchos de sus derechos no sólo por las actitudes terroristas y mafiosas sino por las instituciones vascas que, sin embargo, deberían ser expresión de la Constitución libremente elegida en 1978. Hoy puede hablarse de que muchos vascos viven exiliados de su país porque pensar libremente les puede costar la vida. Pero a ningún nacionalista le va a costar la vida (o la bolsa) defender sus ideas democráticamente, dentro del estado de derecho. Y aquí entra la, en alguna medida, controvertida ilegalización de Batasuna.

Las acciones legales llevadas a cabo por el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón contra Batasuna por sus actividades vinculadas con banda armada, así como la demanda de ilegalización del partido *abertzale* por parte del gobierno, no consisten en una persecución de las libertades del pueblo vasco ni suponen, como falazmente han afirmado algunos dirigentes del PNV, una merma en la ley de partidos políticos, sino un intento de defender las libertades, la vida y la dignidad de los vascos y del resto de los españoles. Desde la fundación en 1978 de la coalición *abertzale* Herri Batasuna, el vínculo con ETA ha sido evidente para todo el que no haya sido ciego y sordo, o cínico y necio. Pero no es sólo una cuestión de apreciación personal: ahí están los cientos de documentos que prueban, entre

otras cosas, que ETA pidió el voto para HB en las elecciones de octubre de 1982, que su dirigente Jon Idígoras declaró el mismo año que “negociar con HB es lo mismo que negociar con ETA”, que las personas que dicho partido ha presentado para *lebendakari* o para la presidencia de Navarra eran individuos pertenecientes a ETA, que en el 84 los *batasuneros* hicieron un llamamiento para la integración en ETA, que han protestado siempre contra las extradiciones de militantes etarras, que en mítines y otros actos han exaltado la causa de ETA y un inacabable etcétera. Tampoco podemos olvidar que HB justificó el atentado contra Aznar en 1995 como ha justificado los cientos de crímenes de ETA desde la irrecusable lucha por la libertad de Euzkadi. Además de la colaboración con la banda apoyando el cobro del “impuesto revolucionario”, numerosos miembros de HB han pasado a pertenecer a la organización terrorista desde 1978. No es insignificante que 194 representantes de Batasuna hayan sido condenados o imputados por delitos relacionados con ETA. Si el leguleyismo o la dura sensibilidad ética de alguien aún se resiste, hay que repetir, por muy sabido que sea, que Batasuna no ha condenado jamás un atentado de ETA, hayan muerto en él políticos, cuerpos del Estado o niños. Las cifras son elocuentes: 3,391 atentados desde 1968, 2,367 heridos de diversa consideración, 836 muertos. Tanto el PNV como algunos intelectuales y juristas (pocos, es cierto) han criticado dicha acción del parlamento: el PNV, por voz de su presidente Arzalluz, arguyendo que es el comienzo de una persecución ya larvada y que trata de cercarlos a ellos. Ya se sabe que cuando alguien tiene la esencia tan a mano todo es amenaza aunque, curiosamente, los golpeados y extorsionados, los asesinados, suelen ser casi siempre los que defienden la Constitución. Lo dijo alguna vez, y con razón, Fernando Savater: la defensa de la democracia y de los derechos humanos se ha convertido en un acto revolucionario: su heroicidad no reside en tratar de cambiar al hombre sino en permitir que sea libre en una sociedad libre.

Por otro lado, tanto los nacionalistas vascos como algunas voces del mundo político e intelectual argumentan que la adopción de esta medida no acabará con ETA, ni supondrá el fin de la violencia, como si el ejercicio de la justicia y de la ley supusieran, por el hecho de ejercerse, el fin de los males. Se acabe o no con ETA, es de justicia ilegalizar un partido que es una clara prolongación de ETA y una vía de financiación de la misma. Ni el Estado español ni el Parlamento Europeo han de financiar a un partido racista, xenófobo y vinculado desde su fundación hasta el día de hoy con el terrorismo. La actividad de Batasuna ha consistido en favorecer la acción de ETA. No es la libertad política, no es la libertad de expresión lo que se merma con esta medida, sino todo lo contrario: de esta manera el gobierno español, apoyado especialmente por el principal partido de la oposición (PSOE) y ratificado por el Congreso, se atreve a solicitar al Supremo la disolución de un partido cuyas acciones atentan contra los derechos que los ciudadanos, libremente, nos hemos otorgado. Es más: nuestras leyes deben revisarse más a fondo para que no sea posible que la persecución de las libertades sea amparada por un derecho penal no suficientemente afinado para responder a una alianza político-terrorista. Es cierto que a partir de ahora Batasuna se va a encontrar desprovista de la libertad de trabajar –financiada además por nuestros impuestos– contra la libertad de opinión y no podrá utilizar las instituciones contra las mismas instituciones desde un proyecto –por llamarlo de alguna manera– cuyo discurso es la negación de la pluralidad política y desde el cual el vasco de pedigrí y nacional-esencialista será siempre un ciudadano de primera respecto a cualquier otro al que el azar le haya dispensado la injusticia de nacer fuera del territorio y sin abuelos euskaldunes. No se ilegaliza Batasuna por ser, como es, un partido profundamente reaccionario, radical-nacionalista, racista e intolerante, sino por su evidente vínculo con banda armada. No podrá Batasuna hacer uso de

su libertad contra la Libertad, en esto estriba el valor de una democracia que se atreve a defenderse de los que la usan para abolirla. Por eso creo que es un triunfo de la democracia española, que, en este sentido, quizás comienza a saber defenderse sin avergonzarse. No es nuevo, ciertamente: el PSOE se opuso a la legalización del HB, pero fue el Supremo entonces, ante un recurso, quien lo hizo posible. Ahora, gracias a la nueva ley de partidos aprobada por el Congreso en junio de este mismo año, la ilegalización bajo ciertos requisitos, que poco tienen que ver con la libertad de asociación y de expresión, puede hacer posible que Batasuna se encuentre con su propio rostro, que no es, precisamente, el de la política.

Que Batasuna sea defendido por el PNV como un interlocutor válido para resolver el problema de ETA es tan absurdo como suponer que ETA quiera dialogar para acabar consigo misma. Todo interlocutor puente entre el resto de los españoles y la ilusión radical-nacionalista (Ernest Lluch, asesinado por ETA, es un ejemplo reciente) es visto como un peligro por la banda terrorista, y Batasuna no ha sido nunca una amenaza para dicha banda. Ya lo dijo Idígoras, y no podemos dudar de que sabía de qué hablaba: “Quien negocia con Herri Batasuna negocia con ETA”. –

– JUAN MALPARTIDA

## LITERATURA

### *Microclimas*

Quien se complace ante uno de los paisajes que ofrece más centelleos, zambullidas y variedad climática, el de un lenguaje, el francés, en todo su esplendor literario, de tanto en tanto recupera el buen andar de un gusto, en el que a veces se tropieza en nuevas famas mal justificadas. De ahí que algunos confíen más en las relecturas que en las novedades. Hubo un tiempo en que un harmatán, un viento arrasador, corrió por sobre miles de páginas reseándolas. La crítica había salido de sus cavernas, se ponía

conjuntos de última moda y se sentaba en las terrazas de algunos cafés desde donde difundía teorías cuya novedad las volvía insustituibles. Los escritores que sentían urgencia por ser aceptados y disponer de un medio para existir como tales debían encajar en ellas. Pero las teorías no eran demasiado amplias y cómodas y los desdichados que solicitaban ser admitidos se hallaban allí codo con codo y se iban pasando un aire de familia, como en los lugares atestados se recibe y se pasa la gripe. El estilo terminó por volverse no un resultado sino un instrumento de contagio. Y el lector, no siempre enjambre sino libre, desapareció.

Bueno, no desapareció. Descubrió que tenía que hacerse de su propia linterna y salir en la oscuridad a descubrir, de nuevo, el placer de leer. Que ahora tenía una responsabilidad más generosa que darse sus gustos: descubrir entre el farrago los escritores que le habían sido fieles o que “se” habían sido fieles.

Voy a imaginar comunes hallazgos con ese hipotético lector obsesivo. Uno, ya no nuevo: Pascal Quignard, íntegro, sus novelas y su *Retórica especulativa*; otro, un tiempo después, Agustina Izquierdo; pero, al parecer, bajo ese escondrijo nominal también está Pascal Quignard, que ama la lógica, la retórica, la novela, el transformismo. Con *Le chevalier Silence* de Jacques Roubaud recuperamos la posibilidad de volver a ser los lectores ingenuos y afiebrados que siguen eslabón tras eslabón los hechizos de una aventura digna del medioevo en la que tuvo origen, mientras que en *Les animaux de tout le monde* resucita el encanto del ingenio juguetón y jugoso. O, recordando que Colette, al fin, fue académica, osamos abrirnos paso en medio de esas alineaciones cubiertas de palmas y descubrir, ¿quién lo diría?, *L'âne Culotte* de Henri Bosco o confiar en casi todo Jean Giono y su inagotable Manosque, ese pueblo de la alta Provenza, resumen del mundo, casi su Koenigsberg.

Descubrimientos más o menos recientes funcionan como microclimas a los que arribamos en busca de oxígeno.

Diría que los nuevos vientos insisten en soplar en italiano. Manganelli, aunque ya muerto, sigue presente, porque aparecen nuevas colecciones de artículos olvidados; Vincenzo Consolo, todo Daniele del Giudice, hasta su última *Mania*, y Claudio Magris, sus novelas y sus cuentos impecables de *Microcosmos*; Alessandro Baricco, irregular, pero magistral en *Seda* e incluso en *Novecento*, monólogo que seguramente se lee mejor que lo que se oyó. Sin embargo, pese a un envidiable conjunto de escritores (sumo Sciascia, Quarantotti-Gambini, Landolfi, Calasso, Bufalino, Camilleri, Tabucchi, Bonaviri, por limitarme a algunos prosistas, dejando de lado los nombres más obvios y los que todavía no leo), Umberto Eco se quejó del nivel cultural de Italia, de que los italianos no leen, de que sólo ven mala televisión y que van a votar peor. ¿Qué ha fallado si tan poco representan los libros en la cultura de un país?

A veces el viento sopla de más lejos: el sorprendente *Señalador*, de Sigismund Krzhizhanovski, quien murió inédito, pese a las más de tres mil páginas escritas, porque su exceso de lucidez contrariaba los cánones soviéticos, o Peter Handke o Lars Gustafsson o Kis o Arto Paasilinna, que ha inventado la novela humorístico-ecológica con *El año de la liebre*, un clásico finlandés, o la sueca sabia y varia Tove Janson o ese Sandor Marai, cargado de la melancolía de un imperio que se derrumba, el austrohúngaro, una estrella más en el cielo mitteleuropeo de Álvaro Mutis. ¿Fallaron también ellos?

Todo esto hace pensar en la psico-geografía. Al fin de cuentas, Eric Orsenna preside, en Francia, la Escuela Nacional Superior del Paisaje. —

— IDA VITALE

## HISTORIA

### *Tsai Yüan, Coahuila*

Érase una ciudad nueva, emprendedora y algo polvosa. Érase la colonia de chinos más próspera y numerosa de México, que quedó redu-

cida a poco más de la mitad en cinco horas. La causa: asesinato —popular, multitudinario, enloquecido, cruel— de casi la mitad de sus integrantes. El 15 de mayo de 1911, murieron en Torreón entre 249 y 303 colonos chinos a manos de guerrilleros maderistas que comandaba Benjamín Argumedo, y posiblemente gente de otros cabecillas. El resto de la colonia china de Torreón, unas cuatrocientas personas, abandonaron antes de un año la Perla de la Laguna y se dispersaron por el norte de México o se fueron a Estados Unidos. Las considerables propiedades de esa comunidad fueron saqueadas por completo durante la matanza.

En 1911, Torreón era el tercer puerto ferroviario mexicano. Llevaba veinte años de fundada y había crecido vertiginosamente. Contenía uno de los primeros altos hornos del país, una gran fábrica de hule, varias de jabón, muebles, vidrio, loza, y en sus alrededores se cosechaba el mejor algodón de la República. Atraía inversiones locales, estadounidenses y europeas. Y también chinas. La Compañía Bancaria y de Tranvías Wah Yick las representaba. Colonos chinos de todo México depositaban en Torreón sus ahorros. Había un importante hotel, un casino, un gran almacén de ropa, una equipada lavandería, un restaurante considerable, y un extenso y productivo conjunto de hortalizas, amén de numerosos negocios medianos y pequeños. (A Torreón le decían *Tsai Yüan*, “Jardín de las Verduras”.)

El maderismo caló en la Laguna. El 13 y 14 de mayo de 1911, una serie de improvisados grupos guerrilleros —quizá tres mil voluntarios— combatieron contra los setecientos soldados del jefe militar porfirista de Torreón. Hubo muchas bajas entre los rebeldes. Las fuerzas del gobierno les dispararon desde el bordo del ferrocarril, las hueras de los chinos, y los techos y azoteas de algunos edificios, entre ellos el hotel, el banco y el casino chinos. Corrió la conseja de que los chinos, junto con los soldados federales, los habían resistido a balazos.

La madrugada del 15 de mayo, la guarnición porfirista desalojó en secreto la plaza, al parecer por falta de parque. Entraron primero, a las cinco de la mañana, algunos de los hombres de Argumedo, y empezaron a saquear las cantinas y las cavas de los hoteles. Cundió entre ellos la embriaguez. Argumedo ordenó entonces castigar a los chinos que, se decía, habían disparado contra los revolucionarios. El fusil, la pistola, el machete y la irresponsabilidad alcohólica daban cuenta de aquellos colonos (gente pacífica, laboriosa, frugal), al tiempo que la gente pobre iba adueñándose de todo lo que encontraba en las viviendas y negocios de los chinos.

A las diez de la mañana, Emilio Madero y otros jefes, con sus contingentes, entraron también. La exaltación criminal se detuvo. Se mandó recoger los cadáveres y llevarlos al panteón civil. El vicecónsul británico los vio amontonados en una larga zanja, algunos mutilados. Hubo también entierros en otros lugares. Se discurrió hacer un desfile para celebrar la victoria.

La noticia se conoció tarde y distorsionada. La primera versión culpó a los propios chinos de Torreón, que supuestamente atacaron a los rebeldes para defender la dictadura: produjeron esa especie maderistas laguneros.

El gobierno imperial chino, lejano y perplejo, pidió la ayuda extraoficial de Estados Unidos para reclamar un desagravio; un antiguo funcionario judicial de las Filipinas, a través de abogados estadounidenses establecidos en México, realizó una investigación. La jefatura de las armas maderistas en la Laguna investigó también. El presidente León de la Barra encomendó lo propio a un abogado de su confianza. Los maderistas comarcanos se descalificaron pronto con su parcialidad; la parte sinoestadunidense pretendía encomendar la solución del diferendo a un arbitraje internacional; la investigación y la gestión mexicanas, reconociendo la responsabilidad nacional, lograron una negociación sin interferencias externas. A fines de 1912, el presidente Madero compro-

metió —y el Senado ratificó— una indemnización de 3,100,000 pesos oro a favor del gobierno imperial chino, la cual debía entregarse el 15 de febrero de 1913. El día del pago, la capital ardía bajo la rebelión de la Ciudadela y la Decena Trágica. México no volvió a tener paz ni a organizarse en largos años. China tampoco. Los representantes de los sucesivos —y fugaces— gobiernos chinos se apersonaban ante los regímenes mexicanos para pedir la indemnización. Se les dieron largas, se les propuso que aceptaran bonos, se les insinuaron cuantiosas rebajas. En 1934 presentaron su última solicitud. La indemnización nunca se pagó.

El viejo cementerio municipal de Torreón lleva muchos años cerrado. Ya no caben las tumbas allí. Debajo de alguna de las calles que lo bordean estarán esos huesos de Oriente, ese polvo. Torreón, que es siempre acogedora, es un poco polvosa siempre. —

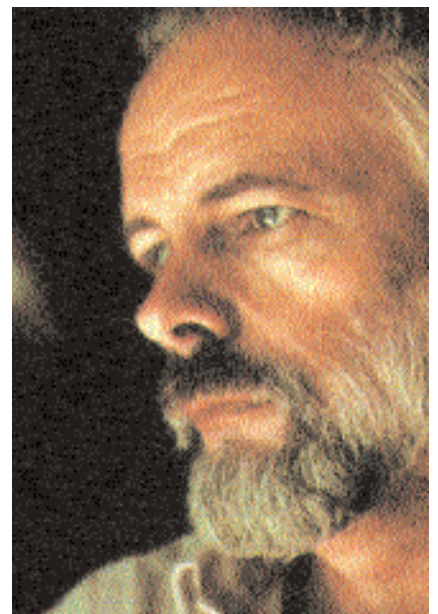
— JUAN PUIG

## CIENCIA FICCIÓN

### *Philip K. Dick, el ubicuo*

El mundo como palimpsesto. En *Ubik*, la espléndida novela de ese apóstol del LSD y las anfetaminas que fue Philip K. Dick, se expone una lucha entre telépatas y antitelépatas que deriva en un asunto metafísico. Publicado en 1969 pero ambientado en 1992 —¿habrá sospechado Dick que en ese año se conmemoraría el décimo aniversario de su muerte, acaecida semanas antes del estreno de *Blade Runner*, la película de Ridley Scott basada en otra de sus novelas?—, el libro con-signa las andanzas de un grupo de antitelépatas o “inertes” encabezados por Joe Chip, experto examinador parapsicológico, y contratados por Glen Runciter, jefe de la empresa neoyorquina de previsión más socorrida del mercado, para nulificar la infiltración telepática que sufre una megacorporación con sede en la Luna. Al igual que la

trama, la realidad se fragmenta a partir del estallido de un androide-bomba —¿un atisbo de lo que serán los musulmanes trocados en explosivos humanos?— que aniquila a Runciter y lanza al resto del grupo a una errancia demencial que va trasladándose a terrenos fantasmagóricos. La duda, que en un principio apenas se había esbozado, cobra fuerza conforme se desarrolla la acción: ¿en verdad ha muerto Runciter? Todo indica que sí: su cuerpo, sometido a una sofisticada hibernación llamada “media vida”, descansa en un *moratorio* de Zurich junto al de su esposa Ella; el contacto con los “medio vivos” sólo se puede efectuar dentro del *moratorio*, merced a un sistema de comunicación capaz de recoger las voces del limbo. (Las voces, siempre las voces: una de las grandes fijaciones de Dick.) ¿Y entonces por qué Runciter comienza a manifestarse por doquier: en billetes y monedas; en el teléfono que Chip levanta para toparse con un monólogo de su patrón que no logra interrumpir; en los mensajes que aparecen —ora completos, ora truncados— en una cajetilla de cerillos, en un cartón de cigarros, en una boleta de multa y hasta en el cielo; en el graffiti estampado en la pared de un baño que sentencía: “Yo estoy vivo y ustedes están



Philip K. Dick, “el apóstol del LSD y las anfetaminas”.

muerdos”? ¿Cómo explicar el comercial de televisión, supuestamente pregrabado, en el que Runciter da la impresión de contestar las preguntas de Chip mientras promociona Ubik —ese producto enigmático y ubicuo, como su nombre insinúa, que mutará en aparato eléctrico, en cerveza, en café, en aderezo para ensaladas, en antiácido, en navaja de rasurar, en revestimiento para cocinas, en institución bancaria, en acondicionador para el pelo, en desodorante, en somnífero, en jalea, en brasier, en bolsas para conservar comida, en remedio contra el mal aliento, en cereal y por fin en entidad omnipotente: “Soy Ubik. Estaba antes de que el universo existiera. Hice los soles. Hice los planetas. Engendré las vidas y los sitios que los habitan; los mudé allí, los puse allí. Siguen mis instrucciones, hacen lo que les ordeno. Soy el verbo y nunca se dice mi nombre, el nombre que nadie conoce. Me llamo Ubik pero ése no es mi nombre. Soy. Siempre seré”?

Al igual que en *El piso trece* y *Matrix*, cintas en las que perdura la impronta benéfica de Dick, la solución borgesiana está en admitir la idea del palimpsesto y asumir que hay un orbe encima del orbe presuntamente material. Atóntos, los personajes de *Ubik* deambulan por un mundo que adelanta lo que años después será bautizado como realidad virtual y que empieza a desmoronarse, víctima de una entropía vertiginosa, o más aún, de un proceso de “devolución”. La parafernalia futurista es remplazada por objetos en desuso, la ropa se desintegra, algunos cuerpos se encogen y reducen a cadáveres momificados, el tiempo fluye hacia atrás; el presente se difumina para que el pasado aflore, 1992 es 1939 en un abrir y cerrar de ojos. Y a la par de esta regresión implacable, que a veces flaquea para que el tiempo anulado recupere fugazmente su lugar —hay elevadores y edificios antiguos sobre los que vibra la imagen de sus sucesores posmodernos—, los mensajes de Runciter continúan reclamando las superficies. Yo estoy vivo y ustedes están muertos, le insiste a Joe Chip, compréndanlo ya.

Ustedes, los que fueron eliminados por la explosión que debía haberme eliminado a mí, son los medio vivos, los difuntos en hibernación en el moratorio donde creen que hiberno yo, las voces en el éter con las que me comunico mediante un micrófono, los Nabucodonosores que intentan traducir la escritura de Jehová en la pared, los inquilinos de una dimensión subyacente en la que reinan dos energías antagónicas: Jory, el muchacho fallecido a los quince años que se nutre de los medio vivos para generar la potencia indispensable para diseñar el palimpsesto temporal habitado por ustedes, el antecesor del Neumorante de William Gibson, y Ella, mi joven esposa a la que solía consultar de cuando en cuando, la creadora del concepto Ubik. Soy ubicuo pero no soy Ubik, Joe, aunque haya podido colarme un instante a tu esfera —a la escritura debajo de la escritura— para ofrecerte una luz; lo sabes mejor que nadie, ya que, al final de la novela, mi esposa te nombrará su sucesor para que ella apele a la reencarnación, el siguiente plano del palimpsesto, y tú comiences a manifiestarte en las monedas que circulan en este nivel que llamo mi realidad. Serás Ubik, Joe, pero mientras tanto estás muerto. Dame un teléfono y moveré o más bien replantaré el mundo de los medio vivos que quizá somos todos nosotros. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

## REFLEXIÓN

### *La promiscuidad de los encendedores*

Huérfanos y desesperados por la ausencia de dioses contra los cuales rebelarnos, parece que no hemos encontrado una forma mejor de emular a Prometeo que con robos insignificantes y escasamente heroicos como los de encendedores. El imperio de la propiedad privada, siempre tan ávido de extender sus dominios, no logra someter del todo esos artefactos desechables con los que hemos domesticado el fuego, y no es rara la ocasión en que nos

embolsemos alguno sólo por la sencilla razón de que pasó por nuestras rápidas manos. Durante las fiestas y las sobremesas y hasta en los días de campo —lugares propicios para el disfrute del humo—, es regla general que lleguemos con un encendedor de un color determinado y salgamos, en el mejor de los casos, con otro muy distinto, enano, sospechosamente vacío. La promiscuidad de los encendedores es entonces la única manera de practicar la lujuria pública, y no sería sorprendente que una inteligencia perspicaz advirtiera en esos intercambios una serie de guiños imperceptibles y hasta delicadamente lúbricos.

El acto de robar un encendedor es tan inconsciente y sistemático, pero al mismo tiempo tan ridículo y generalizado, que difícilmente clasifica entre los actos de cleptomanía auténtica. Nadie en su sano juicio lo entendería como un desplante anarquista contra la propiedad privada; mucho menos como una reminiscencia tribal de compartir comunalmente el fuego. Algunos propician su pérdida para así valerse del consabido pretexto de acercarse a una posible presa con un cigarro colgando de los labios; otros —casi siempre la presa en un papel activo— lo desenfundan con la presteza de un gatillero del Viejo Oeste para luego inevitablemente extrañarlo. Sin embargo, ninguna de estas conductas explica el *porqué* de su proverbial cambio de dueño.

Como si requirieran de hielo seco para darles realce, los adictos al tabaco acompañan casi todos sus actos con humo, circunstancia que los coloca como los principales agentes del mal conocido como *latrocinio pirómano*. Esta enfermedad o, llamémosla así, esta curiosa práctica, no lleva necesariamente a que la debilidad por la prestidigitación se extienda hacia otros artículos de primera necesidad, y en general refuta la tesis de “la escalada del mal” que tanto gustan de esgrimir los moralistas diletantes, y que Thomas de Quincey ridiculizó genialmente hace más de ciento cincuenta años: “Si uno empieza por permitirse un asesinato pronto no le da importancia

a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente.” El robo de encendedores es del tipo de faltas que se bastan a sí mismas; es onanista, de alcance restringido, no se expande ni irradia su indudable maldad, pues hace creer al infractor que no comete ningún ilícito. Incluso hay personas incapaces de sobrellevar todos sus vicios al tiempo que se avergüenzan de pedir el noveno cigarrillo de la noche, pero en cuyas mejillas es imposible descubrir el mínimo rubor al momento en que deslizan, como quien no quiere la cosa, un encendedor ajeno a su bolsillo desierto. Y es tal la desfachatez que demuestran, tal la completa ausencia de culpa, que confieso que, tras observar detenidamente su *modus operandi*, la pregunta aparentemente propiciatoria y cándida de “¿tienes fuego?” ha terminado por transformarse en mis oídos en una versión edulcorada del “¡jarriba las manos!”

Imagino ahora el rostro de confusión y alarma de los principales accionistas de la industria cerillera el día en que apareció a la luz pública el primer encendedor de la historia. Ignorantes de que los nuevos inventos tienden a superponerse, pero no a suplantar los anteriores, seguramente maldijeron con tal vehemencia y ardor ese engendro mecanizado que lo condenaron a pasar de mano en mano como si se tratara de una peligrosa chispa del infierno. Y es que, quizá debido a que el olor a fósforo y azufre de los cerillos nos recuerda vagamente nuestros pecados veniales, prácticamente nadie hurta una tímida cajita de cerillos, ni siquiera cuando el horóscopo estampado en su reverso nos resulta propicio. Robamos los encendedores, el minúsculo prodigio de su técnica, y consentimos desganadamente en que nos sean también robados, que circulen sin rumbo fijo entre los hombres; y todos sonreímos entonces como Prometeos desorientados o idiotas. Y es que tal vez —como he meditado en repetidas ocasiones, tras hacerme furtivamente de uno—, cuando ya nadie robe

encendedores, el fuego, ya disminuido de la audacia, se habrá apagado para siempre entre nosotros. —

— LUIGI AMARA

## POESÍA

### Màrius Torres, lejos de Coyoacán

A Núria Torres, *in memoriam*

La historia de la poesía del siglo XX nos ha dado algunos grandes poetas que nunca persiguieron el reconocimiento y que incluso no llegaron a conocerlo. En ocasiones, la razón de ese anonimato no ha sido tanto la negligencia de una época o de una sociedad que no supieron ver la grandeza de un artista, como la relación especialmente secreta que esos escritores han querido mantener con la poesía, conscientes de que ésta no se deja engañar por objetivos espurios como la fama.

A fines de 1942 moría, a los treinta y dos años de edad, Màrius Torres, una de las voces más hondas de la poesía catalana contemporánea. Moría de una tuberculosis que se le había manifestado siete años antes, y moría sin ver publicado ninguno de sus poemas. Las circunstancias de su final fueron además especialmente trágicas. De familia de larga tradición liberal y republicana —su padre fue, durante los años de la República, vicepresidente del Parlamento de Cataluña—, Màrius Torres murió en el sanatorio de Puig d'Olena, alejado de la casa familiar de Lleida, que al término de la Guerra Civil Española fue saqueada y confiscada, y de su padre y hermanos que, exiliados en la Cataluña francesa, no muy lejos de Màrius, supieron de la agonía y muerte del poeta sin poder compartir con él sus últimos mo-

mentos, ni acudir siquiera a su entierro. Sólo Núria, su hermana pequeña, pudo cruzar clandestinamente la frontera en octubre de 1942 y convivir con él durante quince días, convirtiéndose más tarde, y a lo largo de toda su vida, en la mejor embajadora de la obra poética y de la memoria viva de su hermano.

Cinco años después de la muerte del poeta, en diciembre de 1947, se publicó en Coyoacán, en la ciudad de México, y en su lengua original, la lengua catalana, la obra poética de Màrius Torres. El volumen reunía noventa y seis poemas, en la selección que el propio autor consideró definitiva. Se tiraron 142

ejemplares y la edición estuvo al cuidado de Joan Sales, escritor y editor catalán, fiel amigo del poeta, exiliado en México tras la Guerra Civil. En una relación epistolar que duró los años de la guerra y los inmediatamente posteriores, Joan Sales, siguiendo paso a paso las indicaciones de su amigo, pudo editar su poesía según la voluntad de éste. La publicación de la obra de Màrius Torres fue el último proyecto del grupo de escritores catalanes exiliados en México que, entre 1943 y 1947, editaron con Joan Sales los *Quaderns de l'Exili*. La edición se



Màrius Torres, o una vida inédita.

demoró cinco años porque el padre del poeta quería que la obra de su hijo viera la luz en la tierra donde fue escrita, pues confiaba en una intervención aliada en España, cuando acabase la Segunda Guerra Mundial, que permitiese la instauración de un régimen democrático y el regreso de los exiliados.

En el mayor anonimato, y en unas circunstancias históricas y personales absolutamente dramáticas —la guerra, la enfermedad, la separación definitiva de los seres queridos—, Màrius Torres

construyó una obra poética en la cual la vida expresa su más acendrada y honda belleza en la progresiva asunción de la muerte, a la que el autor llega a través de la contemplación de la naturaleza y del milagro cotidiano de la luz. Para el poeta, en su diálogo último con la poesía, “la eternidad es sólo un presente que se ensancha”, y algunos de sus mejores poemas nos permiten penetrar en esa presencia efímera e insondable de la vida que se aboca, ya sin temor, a la muerte:

Hojas del álamo,  
quién tuviese también  
en la ribera  
un vivir tan sensible,  
una muerte secreta.

Con la levedad y la hondura de la hoja que cae, la vida y la obra de Màrius Torres fueron breves y secretas. La singular pureza de su poesía nace de la necesidad de expresar esa belleza efímera y eterna del mundo en toda su verdad. Como Carles Riba supo expresar con lucidez en una de sus cartas al poeta, no hay en su poesía magia de artista que pretenda llenarla ni organizarla, “un hombre se entiende con la Realidad Última –escribe Riba– gracias a una especie de pacto de confianza y aceptación [...] De ahí el tono, entre el de la ora-

ción y el de la maravilla, siempre tan ajeno a cualquier virtuosismo, tan a media voz. Los que repitan su voz, han de tomarla también en una intimidad purísima”.

Tras aquella primera y heroica edición de Coyoacán, la poesía de Màrius Torres tuvo posteriormente, ya en Cataluña, sucesivas ediciones que añadieron nuevos poemas inéditos. Sin embargo, la edición mexicana sigue siendo todavía hoy la que se considera canónica por respetar la voluntad última del poeta. En la actualidad, la obra poética de Màrius Torres, pese a su brevedad, se revela como una de las más significativas de la literatura catalana de nuestro tiempo. Algunos de sus poemas están, sin lugar a dudas, entre lo mejor de la poesía en lengua catalana del siglo pasado. Sin embargo, lejos de Coyoacán, el lugar donde vieron la luz, los poemas de Màrius Torres, aunque gozan de una excelente edición en su lengua original, todavía no cuentan con una edición completa en castellano que los devuelva a la tierra que, con tanta hospitalidad, acogió a los exiliados catalanes que la publicaron en México.

He afirmado al principio de este artículo que en la historia de la poesía moderna ha habido grandes poetas que no consiguieron el reconocimiento, no tanto por culpa de la sociedad de su

época como por su voluntad secreta de vida. Sin embargo, el hecho de que la obra de un poeta de la calidad de Màrius Torres no haya alcanzado, sesenta años después de su muerte, no sólo la gloria póstuma que merece, sino ni siquiera la difusión editorial necesaria en España, y a partir de ahí su natural proyección en México y en el resto de países de habla hispana, debería hacernos pensar en que verdaderamente algo grave sucede en nuestra poesía, en nuestra cultura y en nuestras instituciones.

Hace seis años una pequeña editorial de Barcelona –hoy en día casi en trance de desaparición– quiso traducir la obra poética completa de Màrius Torres al castellano y publicarla en edición bilingüe. Habida cuenta de que el poeta de Lleida era en esas fechas prácticamente inédito y desconocido fuera de su tierra natal y de su lengua, los editores creyeron justificado y necesario acudir a las instituciones catalanas pertinentes –ya con veinte años de vida desde la instauración de la democracia– para pedir una ayuda. No sin asombro, recibieron entonces la noticia de que entre las atribuciones de la Institució de les Lletres Catalanes cabían las ayudas a la traducción de un autor catalán a cualquier lengua, sí, excepto al castellano. —

— ALFONSO ALEGRE HEITZMANN



Gente  Grande

## Informamos las cifras

pero detrás de ellas  
están los rostros,  
las sonrisas, la certeza de muchos  
mexicanos que como tú saben que

**Las cosas están cambiando**

**3 millones 480 mil adultos mayores**  
de 60 años reciben servicio médico  
y odontológico, orientación jurídica,  
apoyo para proyectos productivos  
y descuentos.

Ejerciendo el presupuesto en tiempo y forma,  
estamos trabajando por tu desarrollo,  
estamos trabajando Contigo

